



El deporte, ¿medida del hombre?

**“Vive deprisa, muere joven
y serás un cadáver bonito.”**

JAMES DEAN

En este vertiginoso siglo que nos ha tocado vivir, se suele situar al deporte como uno de los hechos clave que identifican este período. El deporte se ha constituido en un subsistema cultural de enorme consumo que inunda a gran parte de la población del planeta. La práctica deportiva, el espectáculo deportivo y el hábito de vida deportiva con todo lo que ello comporta, configuran una parcela importante del proceso vital del hombre de final de esta centuria. En un mundo cada vez más globalizado, los medios de comunicación social, el hecho transcultural del deporte, su capacidad de sobreponerse a los distintos sistemas socio-políticos existentes y su fabulosa rentabilidad económica, cimentada en su exitosa oferta en el tiempo libre del ciudadano, han situado al deporte como un eje fundamental de nuestra sociedad y lo han proyectado como medida del hombre del siglo xx.

En el marco de una sociedad deportivizada, el deporte espectáculo ha basado su enorme difusión en la posibilidad de contemplar a los distintos deportistas de élite obtener títulos, pulverizar récords, superar estadísticas deportivas y conseguir hazañas que nunca antes se habían conseguido. El deporte ha avanzado de manera imparable, haciendo bueno el eslogan olímpico creado por el padre dominico francés Didon, en 1890, “citius, altius, fortius”. El deporte se convirtió en la medida del hombre. La mejora constante de las marcas de las disciplinas individuales básicas (atletismo, natación, gimnasia deportiva, halterofilia y ciclismo principalmente) simbolizan el avance de la especie y la supremacía del hombre contemporáneo.

En la sociedad industrial, el hombre moderno ha proclamado el crecimiento sin límites y el deporte, como microcosmos de esa sociedad, ha participado activamente de esa aspiración en una carrera desbocada hacia la victoria y la obtención de la marca histórica, a costa de la explotación de los propios deportistas. En la sociedad postindustrial, el hombre posmoderno después de avistar los excesos y peligros del proceso anterior defiende el crecimiento sostenido, que aplicado al ámbito del deporte espectáculo podríamos interpretarlo como la fórmula que permite conjugar el alto rendimiento deportivo pero respetando la integridad física y moral de los deportistas, salvaguardando la limpieza y equidad de la competición.

A raíz de los sucesos deportivos del pasado Tour de Francia en los que se denunciaron la práctica habitual y mayoritaria de los ciclistas de la ronda francesa de ingestión o inyección de sustancias estimulantes prohibidas por los entes deportivos y estatales (UCI, CIO, Tour, legislación francesa) que facilitan el incremento del rendimiento físico, se ha abierto una profunda crisis que pone en cuestión el propio modelo del deporte espectáculo y, en consecuencia, su enorme simbolismo como medida del hombre de nuestro tiempo. Los deportistas de élite de las disciplinas más duras, ante el constante desafío de obtener victorias y superar las marcas de su especialidad, recurren con demasiada frecuencia a la ayuda médica y farmacológica poniendo en riesgo su propia salud. Aparentemente, los organismos internacionales rectores del deporte de alto rendimiento definen, apoyan y sancionan las políticas normativas contra el dopaje que induce a alargar la vida deportiva de los cuerpos y a la mejora del rendimiento deportivo con un riesgo incontrolado sobre la salud de los deportistas. También se han constituido, al amparo de dichos entes, unas comisiones médicas antidopaje dotadas de personal especializado, laboratorios y moderna tecnología cuya misión consiste en controlar activamente los casos de dopaje. Se trata, según la opinión de las altas instituciones deportivas, de crear los organismos y medios precisos para vigilar la salud de los deportistas y evitar que se desvirtúen los resultados de las competiciones.

Sin embargo, estas mismas instituciones (con autoridad y alcance en todo el mundo deportivo excepto en los deportes profesionales de EE.UU. en los que, precisamente, no se realizan controles antidrogas) no están de acuerdo en que exista una lista única de sustancias prohibidas creando unas lagunas legales que son hábilmente aprovechadas por los deportistas y el equipo técnico que les prepara. Algunos dirigentes del CIO y de las Federaciones Deportivas Internacionales han declarado en los últimos años, en un alarde de



sinceridad, que un deporte sin dopaje no interesaría al público, ni a los medios de comunicación, ni a los patrocinadores, ni a los rectores del deporte de élite pues no existiría el espectáculo actual, no se lograrían victorias y tampoco se batirían las marcas. Y el deporte de alto rendimiento sin espectáculo dejaría de ser un gran negocio.

El público que de manera mayoritaria espontánea rechaza la trampa del dopaje, sin embargo no quiere renunciar a la victoria, ni a las nuevas marcas. El propio presidente del CIO, en el pasado mes de julio, ha llegado a afirmar "Todo lo que no atente contra la salud del deportista, para mí, no es dopaje" abriendo una incierta vía de interpretación que pone en duda el famoso ideario olímpico de pureza, igualdad y transparencia en la competición.

Después de un gran evento deportivo con sus correspondientes éxitos y fracasos, muy pocos se preguntan cómo fueron obtenidas las victorias y las marcas. No obstante, muchos atletas suplen su falta de rendimiento para la obtención del éxito con la ayuda médico-farmacológica que burla con facilidad los controles antidopaje existentes, a la larga el deterioro de la salud de estos deportistas es el pagano de este exigente servicio. El deporte de alto rendimiento no es un modelo de salud, sino al contrario, es un modelo de insalubridad (no salud) que afecta a la calidad y esperanza de vida de los atletas. Algunos ejemplos avalan lo que decimos: la desaparición prematura por enfermedades irreversibles de algunos campeones olímpicos en disciplinas individuales en las décadas de los cincuenta y sesenta, las acusadas secuelas físicas que padecen una parte importante de los deportistas de élite retirados como herencia de los brutales entrenamientos llevados a cabo durante años y, recientemente, como última muestra, el fallecimiento de Florence Griffith de un ataque al corazón, a la edad de 38 años, de la reina del atletismo en los JJ.OO. '88 de Seul, triple campeona olímpica y plusmarquista mundial en 100 y 200 m (su repentina muerte añade más dudas sobre las causas del espectacular incremento muscular que mostró la atleta de 1987 a 1988 y que, según los expertos, debilitó notablemente su sistema cardiovascular). Éstos y otros ejemplos de atletas anónimos malogrados (algunos en pleno esfuerzo), ponen serias dudas sobre el modelo actual del deporte espectáculo y sobre sus fundamentos: la filosofía de libre competencia exenta de ayudas artificiales, la lucha contra la trampa deportiva, la defensa de la integridad física y mental de los deportistas y la pulcritud moral de los resultados deportivos.

El deporte espectáculo (con sus correspondientes ídolos) se ha convertido en uno de los negocios más lucrativos de la economía mundial al que ninguno de los sectores implicados quiere renunciar. Pero también tiene sus responsabilidades y, no sólo con la salud de sus atletas sino con la masa poblacional que lo sustenta, pues se constituye en un notable referente de conducta para la población y un modelo a imitar por la creciente masa de jóvenes practicantes deportivos que sueñan tempranamente con emular a sus héroes y alcanzar la fama a través del éxito deportivo.

Ante el presente panorama nos encontramos la siguiente coyuntura: O se impone plenamente la coherencia responsable institucional en torno al deporte de alto rendimiento, aplicando de forma fiel y eficaz el ideario olímpico y deportivo con el fin de proteger la pureza del deporte y sus protagonistas; o, por el contrario, aceptemos que los deportista de la alta competición, perfectamente informados y conscientes de los riesgos implícitos de su profesión, eligen libremente la azarosa vía que les permita poseer unos físicos formidables (ellos no deben parecer normales, deben parecer superhombres) imprescindibles para ser cotizados artistas de los estadios deportivos convertidos, a su vez, en sensacionales shows televisivos.

A partir del humanismo deportivo que pretende la formación de la persona a través de los valores educativos del deporte y la preeminencia del hombre sobre los resultados deportivos, reclamamos la primera vía. O sea, propiciar una profunda revolución en el deporte de alto rendimiento, al hilo de la nueva interpretación del progreso humano, hacia un deporte que ofrezca un nivel competitivo razonable sin menoscabar la salud de los deportistas y sin falsear los resultados por el afán desmedido de la victoria a cualquier precio. Para ello, se deben evitar las interferencias políticas, canalizar adecuadamente las presiones comerciales hacia los nuevos intereses deportivos, racionalizar la desmesura deportiva, renunciar al sensacionalismo de los medios de comunicación social, lograr la erradicación de la trampa deportiva y, sobre todo, cambiar la mentalidad de los espectadores y participantes desde la base (aunque fuera únicamente para discernir, desde la ética, el deporte superprofesionalizado del deporte de alto rendimiento pero con límites). Sólo de esta manera conseguiremos que el deporte espectáculo corresponda a una medida más deseable (y menos distorsionada) del hombre de nuestro tiempo y esté a nuestro servicio, y no al revés, como sucede en la actualidad.

Javier Olivera Betrán
Director de la revista "Apunts. Ed. Física y Deportes"